

FORO GESTION PUBLICA EFECTIVA (Junio 3 de 2010)

Muy buenos días para todos.

En nombre del CLG y su Consejo Directivo, de CMI y su Director YAmid Amad, de Revista Semana y su Director Alejandro Santos, les damos una cordial bienvenida. Es un honor para todos nosotros, contar con la presencia de tan distinguido auditorio.

Este encuentro no hubiere sido posible sin el acostumbrado respaldo de Seguros Bolivar, Davivienda y Hocol.

Nuestro agradecimiento muy especial a la Sra ExPresidenta Michael BAchelet por su presencia en Colombia, y por haber aceptado compartir con nosotros sus importantes experiencias de gestión pública efectiva en Chile. Estoy seguro que tendremos mucho que aprender de ud y de su hermoso país. Agradecimiento también a Maria Angelica su eficiente asistente.

Especial reconocimiento y agradecimiento a los candidatos JMS y AM y a sus familias y equipos de trabajo por acompañarnos hoy.

Con este foro continuamos el proceso que hemos denominado DIALOGOS POR COLOMBIA, cuyo único fin es el de generar, como su nombre lo indica, conversaciones de fondo entre el sector público, el sector privado y la sociedad en general, respecto a la búsqueda de aumentos significativos de los indicadores de prosperidad colectiva en Colombia. Durante el resto del año, además de la 7ª edición de expogestion, presentaremos un gran foro sobre la salud y su financiación, otro sobre la necesaria reforma pensional y uno adicional sobre educación y ética.

En el día de hoy nos concentraremos en un dialogo respecto al rol que deberá cumplir el sector público y en particular el nuevo gobierno nacional, para avanzar en el proceso de transformación que se lleva a cabo en Colombia.

El momento actual de Colombia, en el que dos candidatos disputan el inmenso honor y la enorme responsabilidad de ser el sucesor de un Presidente con altos

niveles de popularidad, sin duda le debe evocar recuerdos a nuestra invitada de honor, la ex presidenta de Chile Michelle Bachelet.

Ella cuenta actualmente con una aprobación de los chilenos del más del 80 por ciento. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, partidarios de izquierda o de derecha aseguran hoy en Chile, en una abrumadora mayoría, que el legado de la señora Bachelet, al consolidar una sociedad que se ha puesto al mismo nivel que el mundo desarrollado, les permite soñar con un futuro mejor para sus hijos. El 94 por ciento de los chilenos dicen que la respetan; el 95 por ciento que la quieren y el 88 por ciento que le creen. Los más pobres aprueban su Presidencia en un 83 por ciento. Son cifras que solo se logran haciendo un proceso de transformación sostenible tanto en la gestión de lo público, como en la gestión de alianzas con el sector privado y el sector social, todo en beneficio de la Prosperidad colectiva de una nación. Son cifras, sobre todo, que nos devuelven la confianza en la democracia y en la verdadera dimensión que puede tener la política para mejorar la vida de los ciudadanos.

Le damos, pues, la más calurosa bienvenida a la ex presidenta Bachelet. A través de ella queremos transmitirles a los hermanos chilenos nuestro fraternal abrazo de solidaridad y admiración. Ni la fuerza inclemente de la naturaleza ha doblegado su empeño de convertirse en el paradigma latinoamericano de la prosperidad colectiva. En la reciente campaña presidencial chilena vimos cómo los candidatos, sin importar su ascendencia política, prometían que continuarían y profundizarían las mismas políticas de gestión pública efectiva que ejecutó nuestra invitada de honor. Existe allí un admirable consenso sobre el valor de la administración pública para mantener las cuentas fiscales en orden, superar paulatinamente la pobreza a través de la educación y del fortalecimiento de los mercados, mejorar la calidad y cobertura de la salud y, en fin, construir un Estado de Bienestar ajustado a las expectativas de los ciudadanos. Allí saben que, sin importar el signo político, se debe garantizar la vigencia de los logros de anteriores gobiernos, sin personalismos, pensando siempre en el futuro del país y no en aspiraciones políticas a corto plazo. Es una especie de “contrato social”, basado en alianzas público privadas, con

una eminente vocación exportadora y una clara tendencia al reforzamiento de la competitividad. Un contrato social en el que no hay metas pequeñas: Chile, a través de las exportaciones de productos lácteos, pesqueros y vinícolas, proyecta convertirse en uno de los mayores proveedores de alimentos en el mundo. Es el país del mundo con el mayor número de tratados de libre comercio, firmados con áreas económicas que representan cerca del 90% de la población mundial, que le da acceso preferencial a casi la totalidad del mercado mundial de bienes y servicios. Y es, también una lección de cómo construir una economía globalizada y competitiva a través de una política consensuada en torno a la competitividad, la innovación y la superación de la inequidad social.

Ahora nos corresponde a los colombianos elegir un nuevo mandatario. Y en el centro del debate político en Colombia debe primar la pregunta de cómo garantizar la eficiencia y transparencia de la gestión pública. Hemos obtenido importantes logros en la cruzada de la competitividad y el desarrollo social pero, como es apenas lógico, todavía nos falta mucho trecho por recorrer. El consenso en Colombia debe partir de la certeza de que todos somos artífices del progreso de nuestro país. Empresarios, funcionarios públicos, miembros de la sociedad civil: todos tenemos un papel determinante que cumplir. Las evidencias indican que Colombia puede alcanzar el pleno desarrollo en el breve lapso de una generación. Tal certeza nos debe llenar de entusiasmo, pero también de varias responsabilidades que no podemos dilatar en el tiempo. Nos enfrentamos a retos grandes y difíciles. Y lo que esperan y merecen los colombianos es que toda su clase dirigente se sobreponga al peso entorpecedor de sus mezquinas rivalidades políticas y logre un consenso para garantizar la eficiencia y la transparencia de la gestión pública- Un consenso que logre devolverle la confianza a nuestros compatriotas en las instituciones públicas.

Reitero, entonces, que la gestión pública efectiva debe ser siempre el centro del debate público. La gestión pública influye en la vida de las personas desde que nacen hasta que mueren. En los libros de economía mencionan el concepto de la "lotería del nacimiento", que no es otra cosa que la demostración de que la calidad de vida

de las personas depende de la calidad del gobierno del lugar donde nacieron. De la gestión pública efectiva depende tanto la seguridad y el imperio de la ley como un crecimiento económico incluyente. De la gestión pública efectiva dependen también la sanidad, la educación y la infraestructura de un país, que son los determinantes de lo que nuestros hijos pueden hacer y de quién quieren ser. Sólo la gestión pública efectiva puede canalizar el poder de la iniciativa privada y el mercado hacia el desarrollo a largo plazo. Ningún país ha prosperado sin gestión pública efectiva. Sin gestión pública efectiva es impensable hablar de competitividad y mucho menos de desarrollo social. El efectivo cumplimiento de todas las finalidades estatales es la clave para construir la legitimidad en la administración pública y para construir una economía dinámica y equitativa. La inversión social eficaz en servicios no es un lujo de países con alto crecimiento sino un requisito previo para alcanzar dicho crecimiento. La gestión pública efectiva, por ende, es la única forma posible de plantear una ofensiva frontal contra la pobreza y la desigualdad.

Al respecto, tenemos que entender la envergadura de los retos para nuestro futuro. No sobra recordar que, a pesar del crecimiento económico de Colombia, los países vecinos tienen inferiores niveles de pobreza y de pobreza extrema. En Panamá, Ecuador, Venezuela, México, Brasil y Perú son significativamente inferiores las tasas de pobreza y de extrema pobreza. Colombia es el único, entre los países grandes de América Latina, en donde ha crecido la brecha entre ricos y pobres, y en el que el nivel de indigencia es dos veces el promedio de la región. Más de la mitad de la población rural colombiana es pobre y no recibe un soporte directo del Estado. En salud y educación hemos avanzado más en cobertura que en calidad. El atraso en infraestructura es monumental. El sistema tributario sigue siendo más complejo de lo conveniente. El índice de desempleo en Colombia actualmente es el segundo más alto de la región. Y, por último, sigue pendiente la inaplazable revolución en materia ambiental, que siga las huellas de muchas iniciativas globales que generan riqueza y empleo a partir del respeto, la conservación, el uso adecuado y la adecuada distribución de los recursos naturales.

Acudo a la palabra revolución porque no caben dudas de que el factor predominante que hará que Colombia tenga éxito en el futuro será el de su riqueza ambiental. Ya sabemos que el futuro de la humanidad, para decirlo en pocas palabras, está en manos de los países con altos índices de biodiversidad. La biodiversidad, por ende, es el principal factor que tenemos que atender si queremos hacer de Colombia un país competitivo. Las políticas estructurales que se tracen en los próximos años deben tener presente esta evidencia. Así como no habrá empresa que sobreviva en el futuro sin cumplir estrictamente con los requisitos que le impone el mercado sostenible, no habrá funcionarios públicos en el futuro cuyo éxito no se explique por un amplio dominio de las cuestiones ambientales. La gestión pública del mañana sólo será concebible si se orienta a respetar, conservar y hacer uso adecuado de las riquezas que nos brinda la naturaleza. De lo contrario, así como los consumidores censurarán a las empresas insostenibles a partir de sus decisiones de compra, los electores censurarán a los candidatos que toleren la explotación indiscriminada y el deterioro de nuestros recursos naturales. La senda del progreso sostenible es irreversible, y si la gestión pública de un país no se adapta a esas nuevas reglas de juego el daño será irremediable. En otras palabras, la gestión pública no sólo debe limitarse a garantizar las condiciones para el crecimiento, sino que debe asegurar que sea un crecimiento sostenible.

La respuesta a los anteriores desafíos proviene en buena parte de las alianzas público privadas que puedan trazarse para aunar esfuerzos y garantizar un porvenir promisorio. Son desafíos enormes, y los escépticos probablemente dirán que no daremos la talla. Ocurre, sin embargo, que el escepticismo suele ser una señal de mala memoria. Los colombianos ya hemos resuelto con éxito desafíos enormes en nuestra historia reciente. El gobierno de Álvaro Uribe Vélez ha logrado “un país mejor y más seguro, a través de un incansable y decidido liderazgo”. No son palabras mías; son las palabras con las que *The Economist* ha reconocido los formidables logros en seguridad, que se han traducido en una reactivación de la economía nacional y en un resurgimiento de la confianza en nuestro país. El Presidente Uribe ha sido, además, un incondicional aliado de la cruzada por la competitividad de

Colombia, y por ello las nuevas generaciones de colombianos le estarán agradecidos por siempre. Tenemos, en efecto, muchas razones para expresarle al Presidente Uribe nuestra gratitud y admiración. Sin embargo, el mejor homenaje que le podemos hacer es continuar en la lucha por un mejor porvenir y, siguiendo sus propias palabras, concentrarnos no en los logros pasados sino en los retos pendientes.

Debemos entonces trabajar acorde con una nueva agenda de desarrollo sostenible que beneficie a todos y no a unos pocos. Los empresarios tienen una enorme cuota de responsabilidad porque son los que deben invertir en las personas y en la producción. Pero tienen que seguir contando con el respaldo incondicional del Estado. La gestión pública en Colombia debe orientarse a transformar la vida y las expectativas de todos los habitantes, más que a limitarse a obtener resultados a corto plazo o, como fue frecuente en la historia latinoamericana, a endosar la prosperidad sólo a unos pocos. Por desgracia, demasiados ciudadanos han perdido la fe en la administración pública. Cada entidad estatal cuenta con hombres y mujeres honrados que hacen una labor importante para contribuir a la prosperidad colectiva de nuestro país. Sin embargo, cada vez que los medios de comunicación informan sobre un funcionario que se ha apropiado del dinero público, o sobre retrasos y sobrecostos de obras públicas mal planificadas y peor ejecutadas, las dudas de la gente aumentan. No es de extrañar que a veces cunda el cinismo y la desilusión. Como bien lo dijo el ganador del Premio Nóbel Amartya Sen, “una creencia desmesurada en la fragilidad de las actuaciones públicas genera un clima de cinismo y prepara el terreno para la inacción y el sopor.” No obstante, existen múltiples evidencias que fomentan la esperanza. Se puede citar el ejemplo de Chile, que será analizado a continuación por la ex presidenta Bachelet. Se puede citar también el caso de Brasil, que en la última década ha descendido en la escala mundial de desigualdad del segundo al décimo puesto gracias a una gestión pública de calidad que incentivó el crecimiento y que combatió la pobreza con diversos planes gubernamentales de gran éxito. Cinco millones de brasileros han salido de la

pobreza y la desigualdad alcanzó su nivel más bajo en 30 años. Tales logros también pueden ser posibles en Colombia.

En conclusión, la elección de un nuevo Presidente debe ser el momento que los colombianos podemos escoger para un nuevo “contrato social” que revitalice, con hechos concretos, la confianza necesaria entre Estado, ciudadanos y empresas. Como lo afirmó Mahatma Gandhi, “aquellas personas que no están dispuestas a pequeñas reformas, no estarán nunca en las filas de los hombres que apuestan a cambios trascendentales.” Necesitamos llegar a cambios trascendentales a partir de las pequeñas reformas que sean necesarias en la administración pública. No es hora de trasladar responsabilidades a otros o de disimular problemas con soluciones simplistas. En cambio, sí es hora de asumir un desafío fundamental para hallar soluciones y oportunidades en materia de gestión pública, y para adquirir el conocimiento sobre lo que funciona y sobre cómo aprovecharlo. Es hora, también, de la esperanza. Fijémonos en el testimonio de vida de nuestra invitada especial. La ex presidenta Bachelet hubiera podido sucumbir a la desesperanza en el sector público cuando fue testigo y sufrió directamente con las arrogancias y excesos del poder. Sin embargo, prefirió dedicar su vida a luchar por el bienestar de sus semejantes, y su lucha no sólo es un ejemplo sino también un motivo de esperanza. Porque, además de conocimientos, los colombianos necesitamos esperanza. Es por eso estamos reunidos en este recinto.

Por último, una gran lección que nos dio anoche en la cena.

MUSEO DE MEMORIA Y DERECHOS HUMANOS

“NO PODEMOS CAMBIAR NUESTRO PASADO PERO SI NOS CORRESPONDE DEFINIR NUESTRO FUTURO”.

Muchas gracias.